

# Un Santo vizcaíno en el país de Jesús

fray Martín de Urreta († 1683)

por

FR. PEDRO DE ANASAGASTI, O. F. M.

Es interesante observar que, en cualquiera monografía histórica de un país, por remoto y exótico que fuere, aparecen héroes vascos, por desgracia demasíados de ellos enteramente anónimos. Marineros, conquistadores y, sobre todo, misioneros. El carácter introspectivo y socialmente tímido, que nos han atribuído diversos historiadores, presenta en estos curiosos ejemplares (bastante numerosos para constituir una excepción) la paradoja de un deseo insaciable de arrojo y de proyección extracontinentales.

A mis manos ha llegado un libro de piel de becerro. Ampuloso, conceptista, como lo manifiesta su simple título (que no es del todo simple): "Patrimonio Seraphico de Tierra Santa, fundado por Christo Nuestro Redentor, para San Francisco y sus hijos, poseído por el mismo Santo, y conservado hasta el tiempo presente por los Religiosos Menores de la Regular Observancia". Hasta su autor, pobre —por franciscano— de bienes temporales, abunda en nombres y títulos: "Fray Francisco Jesús María de San Juan del Puerto, Lector de Teología, Calificador de la Suprema Inquisición, Chronista General de las Misiones de Africa, etc....". Data de su publicación: año de 1724.

En sus páginas, extracto fiel de crónicas, diarios y cartas de la época, destaca señeramente un nombre: el de Fray Martín de Urreta, franciscano. Que en una síntesis de la gloriosa historia de la Orden Franciscana en Tierra Santa —cuajada de héroes y de gestas dignas de romance— ocupe su biografía un largo capítulo es, de sí, excepcional; mas aumenta la admiración a la lectura de los ditirambos que

a Urreta dedica su autor. En una palabra: que nos hallamos ante un personaje de indudable relieve histórico, oculto para nosotros en los oscuros recovecos de la Historia.

Con la licencia y la guía de Fray Francisco Jesús María, vamos a darlo a conocer a sus paisanos. Lo merece el personaje y su anecdótica historia.

### *El soldado desconocido*

“El Venerable Padre Fray Martín de Urreta fué natural de la Señoría de Vizcaya, Hijo de Padres Nobilísimos”. Es toda su ficha genealógica. En el Señorío de Vizcaya hubo antaño —sigue existiendo en la actualidad— una anteiglesia llamada Yurreta. ¿Será la patria de Fray Martín, quien —como es frecuente en la época apellidarse según su solar de origen— eligió para apellido el de su cuna? Es labor de heráldicos y genealogistas, en cuya parcela nos es vedado ingresar.

Es la primera incógnita de su vida, cuyos primeros datos hemos buscado sin éxito. Lugar de origen, fecha de nacimiento, estado familiar, retrato de su niñez: cuatro interrogantes que quedarán —quizás para siempre— en el incógnito, por la costumbre de la religión de mudar el nombre y apellido en la profesión religiosa, ya refiriendo su apellido al lugar de origen, ya supliéndolo con uno de los piadosos misterios de la vida de Jesús o de su Santísima Madre. En esta guisa, resulta imposible identificarlo en el libro parroquial, si por ventura existiera.

Pero, a pesar de todas nuestras lamentaciones, poseemos la dicha de conocer lo más valioso de su vida: el testimonio de su santidad, y los más señalados hitos de su edificante existencia.

### *Al país del oro*

Las campiñas del país (escasamente dedicadas a la labranza) las herrerías y los astilleros no ofrecían demasiada ocupación a la fecunda familia vasca. Además, el señuelo de la aventura, el brillo del oro y las ansias apostólicas aventaron a innumerables segundones para inscribirse en los galeones que sumaban interminables periplos rumbo a las Indias Occidentales.

Martín de Urreta conoció los berrinches del Océano. Ni misionero, ni conquistador ni artista; a su joven corazón le espoleaba el ansia del oro, el riesgo del negociante que medraba sin dificultad en las ubérrimas tierras americanas, cuyos fecundos senos yacieran desconocidos e incultos por siglos. Explotar la tierra, leer en sus glebas las risueñas posibilidades y planear acertadamente las diversas opera-

ciones que, comenzando en la siembra terminasen en la cómoda entrega de los frutos al consumidor, no estaba al alcance de cualquier espíritu; pero quien lo conseguía, "hacia su América": se maridaba con las riquezas temporales.

El mozo no era un bisoño comerciante. Se había adiestrado con unos parientes en Sevilla, ciudad eminentemente comercial, escala obligada de cuantas naos tocaran puertos americanos, y desde cuya Casa de Contratación se dirigía el pulso del comercio exterior de España.

El cronista, siempre a la caza de interpretaciones piadosas, atribuye a un interior desengaño la mudanza de su género de vida. Fuera consecuencia de veleidades amorosas, de quiebra en los negocios o de algún humano peligro, su desenlace consistió en llamar a las puertas de un Convento franciscano, demandando el hábito de la Religión. El mancebo que desdeñó las furias del Océano y los mordiscos del escorbuto por el tintineo de unos vellones de oro, cepillaba su espíritu de toda adherencia terrena y sujetaba su indómito soñar en las argollas de un desprendimiento absoluto. De soñador de oro se había transformado en goloso de carencias e indigencia.

### *Tras las huellas del Maestro*

Los heroicos misioneros españoles que sembraban la espiritualidad, la cultura y la civilización en las Indias, tuvieron que codearse frecuentemente con la vida nómada; mas no era el deambular su profesión obligada. La consistencia de su vida espiritual, la uniformidad en el apostolado y la necesidad de reducir sabiamente su parcela de acción misionera, obligaron a la edificación de centros de espiritualidad a las Ordenes religiosas. Uno de los más nombrados y eficaces en la Historia de las Misiones americanas fué el Convento franciscano de Los Charcas (Perú). En sus claustros románticos, con rumor de surtidor y balanceo de palmeras, paseó sus primeros años de vida religiosa Fray Martín de Urreta.

Su hoja de servicios en la Religión es digna de una laureada: era la personificación de las más variadas virtudes cristianas, el intachable realizador del difícil reglamento regular. Su biógrafo dibuja, en dos rápidos rasgos, un expresivo retrato: "En pocos años de Avito, comenzó a contar muchos en las virtudes".

Ni los adustos muros del Convento ni sus pesados portones pudieron impedir que se filtrara en el espíritu de Urreta una agobiadora inquietud: la obsesión por la liberación de los Santos Lugares de Palestina. Las apetencias desmedidas de los griegos cismáticos, la codicia de oro de los turcos y la sed de rapiña de los mahometanos,

convertían en un campo de continua pugna el País de Jesús. La herencia católica —defendida por la Orden Franciscana desde el siglo XIII— de los principales Santuarios de la Redención, corría grave peligro, por las violentas usurpaciones de que eran objeto los Lugares Sagrados, aumentando cada año el martirologio franciscano, cuya sangre clamaba contra tamaño atropello.

Recorre Fray Martín los territorios americanos en demanda de limosnas para la liberación de Tierra Santa: pulsa corazones, escucha —impertérrito— indignas respuestas, sorbe valientemente repulshas e insultos. Y, con el preciado fruto de su celo, embarca para España y asoma a Palestina, portador de onzas de oro con que apagar temporalmente la insaciable avaricia de los orientales.

Urreta besó la tierra bendita de Palestina el 14 de agosto de 1680. Se refugió en el Santo Sepulcro, en un angosto e insoportable nido humano. Su vida es un luminoso cilicio; en su regalada mesa se conjugan solamente el pan y el agua. Los mismos cismáticos confesaron que le habían visto frecuentemente elevado de la tierra, a la fuerza de la contemplación divina, atraído misteriosamente por un imán celeste.

En una ocasión guiaba Fray Martín una piadosa peregrinación en la visita a señalados Santuarios de nuestra Redención. De Jerusalén a Belén el camino pululaba de beduinos y mandrines que medraban con la rapiña de los incautos e indefensos peregrinos. En sus grutas y antros planeaban sus asaltos, avisados por mercenarios que escudriñaban las más concurridas rutas. Fray Martín los vió surgir, como tropicales arbustos adheridos a las peñas. Del grupo se fugaron rápidamente los varones, más prácticos y horrorizados, engullendo leguas hasta el Convento del Monte Carmelo. Fray Martín, que había evitado a las mujeres en el secreto de su claustro, se constituyó en su galante protector. Sobre él descargaron los ladrones una azotaina memorable, que dió con su humanidad en tierra. El procedimiento del robo era expedito: a fuerza de golpes se les depositaba en el suelo, se les despojaba enteramente de la ropa y de cuanto llevaban en su poder. Al desposeerle de su pobre hábito exterior, única prenda que acostumbraba portar, hallaron sus espaldas cruzadas por una alambra con púas que, al ímpetu de los golpes, habían penetrado en su carne, hiriéndola y desgarrándola en tiras. Asombrados del inusitado espectáculo, le devolvieron su pesado hábito, le acompañaron hasta el Monte Carmelo y, una vez rehecha la expedición, se decidieron los ladrones a acompañarles hasta los límites de Belén, con la intención de defenderles de los posibles ataques de otras bandas análogas. Era un homenaje espontáneo a la santidad de Urreta, indudable aun para los mismos paganos.

### *Una soledad poblada*

Entre tantos santos varones que custodiaban la tumba de Jesús y los escenarios de los principales hechos evangélicos, emergía la figura de Fray Martín. Nada extraña, por tanto, que mereciera entre todos una gracia singularísima de sus Superiores: el pasar una Cuaresma en el Monte Santo donde ayunó Cristo.

La piedad codiciosa de Fray Martín suspiró por este señalado favor y lo consiguió, siendo él el señalado para uno de los años. Acompañado por el Jefe de la guarnición de Jericó, ascendió a la Santa Montaña. Entre él y el mundo mediaba un abismo: ninguno osaría ascender a la cumbre, circundada de bandas de ladrones y sembrada de esterilidad y abrojos. El Superior franciscano tuvo que pagar monetariamente el favor de la estancia y la seguridad de su súbdito. "El Turco encargó a sus soldados que zelassen el que ninguno subiese a la Montaña y procurassen la seguridad de aquel Franco (francos eran para los orientales todos los europeos); porque sobre la paga que había recibido, los Turcos de Jerusalén le avían asegurado que aquel Frayle era un Santo, porque ya era su opinión muy canonizada entre aquellas Naciones".

Para un espíritu ansioso de imitar a Cristo crucificado, la soledad era incitante estímulo. A los cilicios acostumbrados añadió Fray Martín nuevos y más agudos; sumó vigiliás y ayunos a los cotidianos; medio desnudo, gozaba en arrojarle a los zarzales para que las espinas punzaran su carne hasta dejar su impronta sanguinolenta en no escasas rocas. Después de la muerte de Urreta, revelaría su confesor que el vizcaíno estaba tan absorto en su espíritu, que gozaba del familiar trato con los espíritus celestiales y angélicos.

No era fuera de razón su extrema maceración, porque al redoble de sus austeridades correspondía el mayor ímpetu de las sugestiones diabólicas.

Un acontecimiento inesperado vino a ribetear de novelescos términos la vida solitaria del ermitaño improvisado. El jefe turco, que le había acompañado a la montaña y bajo cuya custodia quedaba el humilde franciscano, seducido por la belleza de una turca que le sorbía los sesos y el sexo, la había raptado y huído con ella. Temeroso que los deudos de la muchacha le descubrieran como a autor de la degradante fechoría, no halló medio más obvio para disimularla que el de llevar sigilosamente a la muchacha hasta lo alto de la montaña habitada por Fray Martín. Construyó rápidamente una rústica choza de ramaje para provisional morada de la odalisca. El lugar era de difícil acceso y, acudiendo a la excusa de visitar al Fraile penitente,

podría en cualquier ocasión escalarlo para dar conveniente pábulo a su libidinosa pasión.

Se entristeció la raptada al solo pensamiento de que su Romeo la abandonara. Pero las promesas de su entenebrado amante y las inequívocas muestras de su desbocado amor, convencieron a la raptada. El cronista se imagina verosímilmente las ponderadas recomendaciones del turco a Fray Martín, en cuya santidad confiaba íntegramente, verdadero milagro para las suspicacias tradicionales del musulmán en asunto de hembras:

“La gran confianza que tengo de tus generosas prendas me ha puesto en esta determinación tan peregrina... Esta muger lo será mía, luego que me vea fuera de tan graves peligros como en los que nos vemos. Aquí vivirá de todos ignorada, y yo, con el favor de las sombras, la asistiré, con lo que pudiere, hasta que el tiempo me permita otra más cómoda providencia. En esta misma gruta donde tú vives, me la has de ocultar hasta que el Cielo, más piadoso, mire la recíproca firmeza de nuestras voluntades. Yo te seré siempre agradecido, no sólo al decoroso respeto que ha de deberte sino al alivio que has de darla, consolándola en las precisas melancolías que han de afligirla, viéndose en este monte inhabitable, con una persona que no ha visto. Ya la tengo prevenida de tu Religión y de su seguridad”.

Con el discurso del turco se clausuró la quietud interior de Urreta. La muchacha vivía muy cerca de la gruta; el temor de la soledad en tan inhóspito lugar, y quizás la simpatía personal y las atenciones del único Robinson, le impulsaron a la moza —“bellísima”, según el cronista— a buscar la compañía del penitente. Mientras el crucificado de cilicios huía de la mujer, la hembra anhelaba y perseguía la sombra del santo varón.

La primera noche de la soledad poblada, huyó de la gruta que le servía de morada. Bailaban en su mente, en un tropel desordenado, fantasías, recuerdos, deseos y sugerencias torpes, tan impropios de los ideales del fraile ermitaño. No ignoraba Urreta que eran engendros del enemigo infernal, tan deseoso de vencer su piedad con una decisiva derrota. Sentía que una misteriosa niebla le hacía olvidar cuanto de orientador y espiritualmente confortador le había ofrecido el aprendizaje de la vida religiosa; que sus más profundamente arraigados ideales se trocaban en fantasmas lascivos; que su cuerpo, en el que la persistencia en las penitencias había apagado la comezón de la concupiscencia, parecía próximo a perder el control.

La soledad absoluta, la familiaridad de la doncella y el venenoso empuño del infernal enemigo no pudieron con su santidad. Fray Martín, prefiriendo correr el peligro de despeñarse por veredas desconocidas o el caer en manos de los numerosos y a cual más rapaces be-

duinos, antes que sucumbir a la sonrisa de la turca, huyó de la montaña, sacrificando, a los diez días de comenzado, el santo ayuno, tanto tiempo apetecido, en el escenario mismo en que lo efectuó Cristo. A Jesús llegó el tentador; tampoco le faltó a su predilecto discípulo fray Martín. Al menos Urreta podría consolarse con analogía tan gloriosa.

### *Diplomático consumado*

No vistió otra cosa que su hábito, pero subió al estrado de la autoidad para solicitar mercedes inauditas. Su positivo éxito en las gestiones, demuestra que fray Martín sabía algo más que mascar latines y elevarse prodigiosamente del suelo. Y que su carácter decidido y aventurero, que le impulsó a la penosa navegación a las Indias Occidentales, regía sus decisiones, aventureras aun en las órbitas de la espiritualidad.

Dos favores singulares consiguió al precio de “la gran veneración que lo tenían aquellas Naciones”. El primero, el poder celebrar el Santo Sacrificio de la Misa sobre el Monte Calvario, en el lugar mismo señalado por la Tradición secular como el que ocupó el madero de la cruz, del que pendió Jesús y en cuyos brazos recibió a la muerte. A la sazón, el Santuario lo poseían los monjes cismáticos griegos (usurpado a los Franciscanos tras unos juicios turbios y venales), quienes jamás concedían dicha merced porque consideraban como contaminado ritualmente el altar donde celebrara el Sacrificio un latino, obligándose a derrocarlo y elevar otro impoluto en su lugar.

El segundo favor lo consiguió de la Puerta Otomana, y fué el de celebrar la Santa Misa en el Arco mismo llamado del *Ecce Homo*, porque desde él Pilatos presentó a Jesús al pueblo, después de haberle azotado inhumanamente.

Al cronista le suena a maravilla la consecución de ambas gracias. Explica su asombro por la segunda en los siguientes términos:

“Oy a ninguno se le permite ni aun subir a este Santo Arco, y por tener Indulgencia Plenaria desde la misma Calle lo adoramos, y se reza para ganarla. Este favor, que los turcos le concedieron, es para mí tan singular, por la experiencia que tengo de sus genios, que si no lo hubiera visto asegurado en los instrumentos que se sacaron de aquel Archivo, me pusiera su noticia en alguna incredulidad”.

Fray Francisco Jesús María sabía historiar fidedignamente, y su probidad histórica es la mejor garantía de la fidelidad de su Memorial.

*Una estela permanente*

El positivo valor rector de fray Martín de Urreta corría parejas con el diplomático y el espiritual. Dirigió los destinos de la Comunidad franciscana de Nazareth, y por dos etapas fué también Superior en Ain Karin o San Juan de la Montaña, lugar de la Visitación de María a su prima Santa Isabel y cuna del Precursor San Juan Bautista. Su recio apellido vasco y su viva personificación de las virtudes características de nuestro pueblo son ornato delicioso de las más bellas páginas de la historia del país de Jesús.

Su ilusión postrera era morir en Jerusalén, como su Maestro, a Quien tan de cerca pretendía seguir en sus ideales y en su género de vida. Era Superior del Convento de Ain Karin cuando su interior adivinó los cercanos pasos de la muerte. Evitando dramatismos espectaculares, reunió a su Comunidad, abrazó a cada uno de sus súbditos, y se despidió de ellos hasta la eternidad.

Llegó a Jerusalén, enfermó gravemente, fué desahuciado por los médicos, recibió con piedad los Santos Sacramentos y los auxilios espirituales de la Religión y dió su alma a Dios. Así, lapidariamente, con una sencillez y un desprendimiento totalmente franciscanos, terminó el poema de su vida uno de los héroes paisanos nuestros, cuyo nombre no figura en los índices de las Historias regionales. En el calendario era el 3 de septiembre de 1683.

Trascendió rápidamente la noticia del círculo de la colonia católica, para impregnar el mosaico de razas y de religiones antípodas. En todos estos ambientes era conocido como hombre extraordinario, como un verdadero Profeta. Por ello, a su "entierro se conmovió toda la ciudad, y hasta los mismos turcos asistieron, aclamándolo todos por Santo, y con esta piadosa opinión vive oy en la memoria común".

El epitafio es extraordinariamente elocuente, y resulta el más cumplido comentario de su excepcional personalidad.

